

El oficio de leer, el oficio de enseñar

Hay una relación entre lectura y lo real, pero también hay una relación entre la lectura y los sueños, y en ese doble vínculo la novela ha tramado su historia.

Ricardo Piglia

47

Si las ventajas o desventajas sociales pesan tan intensamente sobre las carreras educativas, más generalmente, sobre toda la vida cultural es que, evidentes o imperceptibles, son siempre acumulativas.

Pierre Bourdieu

1

En “El último lector” (2005), Ricardo Piglia plantea la siguiente pregunta: ¿Qué es un lector? Afirma: “en la clínica del arte de leer, no siempre el que tiene mejor vista lee mejor”. Esta frase en buena medida guía este ensayo. Al igual que el arte de leer no se limita a tener una vista sobresaliente, la enseñanza tampoco implica condicionar a los estudiantes llenándolos de información, como si fuesen una *tabula rasa*, todo lo contrario, el oficio de enseñar tiene

que ver con el diálogo que el/la profesora y el/la alumna establece en el aula, aun si esta es virtual.

Tanto en el oficio de leer como en el de enseñar la tarea tiene que ver con fragmentos yuxtapuestos, similar a la experiencia que brinda la lectura, donde el encanto de las palabras nos lleva por caminos inhóspitos, en la enseñanza se van yuxtaponiendo los preceptos que el sujeto va adquiriendo a lo largo de su vida. Por ejemplo, a la universidad el/la estudiante lleva varias capas yuxtapuestas de una

El oficio de leer, el oficio de enseñar

enseñanza que inició desde una edad temprana, sumada a la experiencia de la vida cotidiana, donde las lecturas y varios saberes confluyen. Es decir, que cada enseñanza asocia a otras, que a su vez van adhiriendo y relacionando con otras; es una cadena relacional.

Valdría preguntarnos: ¿Qué es un oficio? ¿Para qué sirve? ¿Ha sufrido variaciones en los últimos años? Lo primero que se debe plantear es que un oficio, cualquiera sea este, es una enseñanza, ya sea manual o teórica, para luego convertirse en una habilidad que se va perfeccionando con los años y los nuevos aprendizajes. En este sentido leer y enseñar son un oficio. En el caso de leer tiene que ver con el aprendizaje de las palabras, de familiarizarse con estas, de conocer su significado y los posibles cambios que puedan surgir de su conjugación comunicacional. En el caso de enseñar, la tarea tiene que ver con la familiarización con los principales sujetos que aprenden, los estudiantes. Una relación que abre la posibilidad del descubrimiento y diálogo, del aprendizaje.

Si el oficio de leer implica las palabras, en el oficio de enseñar hay premisas teóricas que deben ser incorporadas a la vida.

Por supuesto, aquí debería estar implícita la relación de enseñanza y aprendizaje, pero, muchas veces, por no mencionar en la mayoría, ni siquiera es tomada en cuenta esta premisa relacional. La enseñanza sin aprendizaje no tiene sentido. Yo, como profesor, no enseño para mí, yo enseño para que otros aprendan, y a su vez ellos también me enseñan. Esta debe ser la inferencia transversal en el papel de los/las educadoras.

Quizá la mejor forma de definir esa actividad se encuentre en la palabra enseñante. El inglés creo que lo define de forma perfecta *teacher=teacher* (la persona cuya labor es enseñar). En el caso del español, usualmente, enseñar tiene que ver con el profesor [hemos normalizado a que solo el profesor enseñe], la palabra profesor no se corresponde con la acción del verbo.

Por otro lado, la dualidad enseñanza-aprendizaje crea una serie



de principios éticos que se van implementando en la práctica cotidiana. Vale hacer énfasis en lo ético, pues es distinto de lo moral, no se pretende crear un bloque moral donde se determine, casi como una fórmula, qué es “lo bueno” o “lo malo” para tal o cual sujeto, más bien tiene que ver con principios que le permitan actuar en el día a día, un *ethos de vida*, formas estratégicas de vivir en medio de las contradicciones. En este sentido, la enseñanza va creando un *ethos* individual que se despliega en la sociedad, para luego ser reformulado, pues al encontrarse con los otros se crea uno nuevo. Una dialéctica entre lo individual y lo social que reconfigura el devenir del sujeto.

A partir de estos presupuestos se pueden crear las condiciones para reflexionar acerca de los instrumentos, manuales o teóricos, que le permiten al sujeto desenvolverse en la vida diaria. En este punto la acción ya no tiene que ver con quien enseña, sino con quien

aprende. Este debe ir escogiendo políticamente qué conocimiento le es más útil, que herramientas le sirven más en lo que quiere implementar en su vida. Hay que remarcar lo político, porque se ha creado el imaginario social [casi como prejuicio] y sentido común que lo político tiene que ver tan solo con los partidos políticos, nada más falso. Lo político tiene que ver, en su forma más básica, con las opciones que el sujeto elige en su vida. Este escoge las herramientas conceptuales que quiere adherir a ella; él opta por qué libros leer, o que autores le inspiran para volcarse por días enteros a la lectura; de la misma manera se opta en la educación, el estudiante escoge qué conocimiento adherir, qué enseñantes le inspiran en su vida.

Esto permite a los sujetos ir creando un tipo de *habitus* particular. En el caso de leer, es crear opciones que le permitan ampliar el conocimiento, ir erigiendo un mundo lecturario. En el caso de los profe-

Lo político
tiene que ver,
en su forma más básica,
con las opciones
que el sujeto
elige en su vida.

sores, elegir unos principios para poder enseñar y llegar a los estudiantes. En el caso de los estudiantes, especialmente los universitarios, aprender, desde elecciones políticas, lo que más les convence, los que les llena.

2

Ahora bien, este proceso de leer, aprender, enseñar; reflexionar, en última instancia, jamás inicia en un punto cero, en este sentido la discusión en contra del empirismo es más potente, pues todo este proceso está cargado de historia, una historia que sustenta el todo: un capital social, cultural y económico que condiciona este desenvolvimiento. Tal como decía Sartre “solo somos lo que hicieron de nosotros”. En la enseñanza esto es central, pues condiciona nuestro aprendizaje en la vida. En términos concretos significa plantearse la pregunta ¿Dónde aprende a leer un sujeto particular, con una vida particular? Pero, además, implica saber de las personas que lo rodean, y cómo estas aportan en su vida; concretamente, sería saber cómo influye el

círculo más cercano en la vida del sujeto. Dos ejemplos al respecto. Primero, si yo tengo un familiar, cualquiera sea este, que es lector de toda la vida, seguro me recomendará un libro que él considere bueno. Segundo, si yo tengo un familiar al que la lectura le ha sido esquiva, difícilmente me podrá recomendar un libro, es más, ni siquiera se les ocurrirá regalarme uno. En ambos casos se muestran mundos totalmente antagónicos, donde se puede ver cómo funciona el capital social y simbólico, pero sobre *la herencia*. El libro, como símbolo de la distinción entre individuos y la herencia como aquella forma de transmisión social que me brinda una enseñanza.

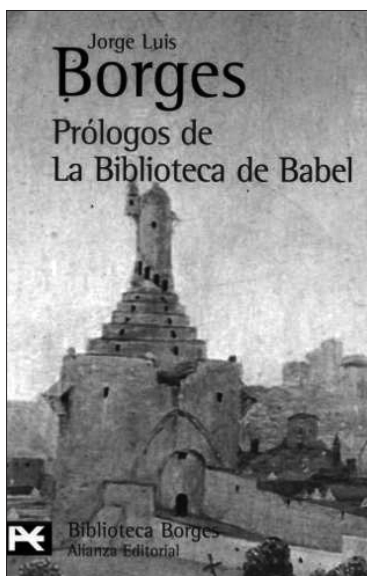
Casi nunca nos preguntamos cómo llegaron ciertos libros a nuestras vidas, o porqué empecé a leer ya entrado en años, o por qué nunca me gustaron los libros, quizá mucho tenga que ver con los ejemplos antes citados, donde el traspasso hereditario tiene un centro gravitacional.

Bajo estas premisas, donde el sentido histórico y social —*el sentido prác-*



tico lo llamaba Bourdieu—, son fundamentales, la enseñanza, en todos sus niveles, desde el más básico hasta el superior, está marcada por la historia. *Historia magistra vitae*.

Esta historia está marcada por un antagonismo irresoluto, algo que ni la más alta tecnología virtual ha logrado sobrellevar. No toda la población puede acceder a una buena educación, como tampoco puede acceder a un buen libro. Hay condiciones sociales e históricas que marcan esto.



En términos concretos, esto significa observar los tipos de enseñanza que remarcan la desigualdad, donde la educación no es similar. Habría que aclarar que no estoy pensando en una educación donde el *igualitarismo* sea la expresión máxima, sino en condiciones materiales concretas, donde los estudiantes puedan acceder al sistema educativo, en primera instancia, y luego puedan recibir un conocimiento de calidad. Es decir, que puedan recibir una educación digna, donde puedan acceder a libros y todos los materiales necesarios para educarse. Sin embargo, la división entre educación pública y privada afianza la *distinción social*.

Actualmente, esta división forma estudiantes totalmente distintos, unos que se preparan para mandar, otros que se preparan para obedecer. Una clasificación que empieza desde la más corta edad, y que se va haciendo *habitus* a lo largo de la vida. Un *relegamiento* de unos estudiantes por sobre otros que es auspiciado y aupado por el Estado.

Hay instituciones educativas donde el libro y la lectura son pri-

mordiales en la formación del estudiante, hay otras donde lo primordial es suplir el material mobiliario de las escuelas. En ambos casos hay un factor común que las junta: la desigualdad en la formación. En estas condiciones el libro se convierte en un objeto de lujo, un objeto de culto. Por este motivo habrán visto innumerables veces que las salas de las casas tienen al menos un estante, donde reposan enciclopedias que guardan polvo más que palabras.

A la luz de estos argumentos se puede afirmar que el *capital* no solo corresponde al plano económico, no se limita a aquello, sino que actúa como condicionante de lo cultural, lo social y lo educativo. En otras palabras, comprar un libro, saber leerlo, por ende, formar un tipo particular de sujeto, tiene que ver con condiciones económicas, sociales y culturales que marcan una distinción, que delimitan el terreno social.

Actualmente, esta premisa, la de la desigualdad educativa se ha dejado de lado, se ha convertido en secundaria; los *mass media* han

enterrado esta discusión en un cementerio, donde la desmemoria mantiene su hegemonía.

Las artimañas de “la normalidad” han desechado el presupuesto filosófico del *antagonismo*. Lo han reemplazado por literatura de autoayuda, donde la culpa siempre es de la vaca, nunca de la institucionalidad estatal o de la estructura social. A tal punto es la fuerza de esta normalidad que muchas veces los mismos profesores “ilustran” las clases con este tipo de literatura. Y es que la educación, convertida en un aparato ideológico, actualmente se encuentra asediada por el pensamiento liberal, cuya premisa es: “el pobre es pobre porque quiere”.

En este sentido, hay una urgencia que debe ser atendida en los actuales momentos: rescatar del olvido y la desmemoria a la crítica como *posibilidad*, pues hay temas y autores, que no solo fueron enterrados, sino que sus lápidas fueron desaparecidas. Un rescate de esta posibilidad es ineluctable, sobre todo para colocar en el tapete de la discusión estos temas.



Que vuelvan a flotar esos autores encubiertos por el poder.

Esto no significa adoctrinar a los estudiantes, seguramente el sistema ya los ha adoctrinado tanto que en este momento más bien urge desaprender. La apuesta de la educación en los actuales momentos debería ser sembrar una astilla epistemológica que permita abrir el campo del conocimiento y que deje ver las condiciones críticas actuales.

Y para esto urge saber que el lector, el enseñante y el aprendedor moderno han cambiado, se han transformado en su totalidad. Si los signos, anclados en un libro, caracterizaron a estos sujetos, en la actualidad esto ha cambiado. El mundo virtual cada día nos desborda de forma inusitada, el estudiante actual vive en el mundo digital, ahí donde el papel ya no es importante, donde la biblioteca ha dejado de ser ese espacio que acoge a los lectores. El ratón de biblioteca se fue lentamente perdiendo en las inmensidades de información descargada del *google*. La imprenta hace rato que per-

dió la batalla por el libro impreso. Hoy es tan fácil dar clic y conseguir el título que se desee.

La Biblioteca de Babel está anclada en el *google*. se ha pasado del libro impreso al libro digital, se pasó del aula presencial al aula virtual. Sin lugar a dudas, creo que aquí el gran reto es para la enseñanza, para los enseñantes, pues nos ha tocado asumir nuevos retos en el oficio de enseñar. Muchas veces da la impresión que somos profesores del siglo XX con estudiantes del siglo XXI.

Bajo esta tormenta de cambios tenemos un nuevo lector, así como un nuevo enseñante y un nuevo aprendiente. Quien enseña debe familiarizarse con el mundo tecnológico que lo rebasa, que nos rebasa, caso contrario, no estaremos a la altura de los cambios, no estaremos a la altura de pretender ser enseñantes.

En estas condiciones, tal como dice Álvaro Cuadra, habitamos una sociedad de la información, lo que no significa habitar una sociedad de la comunicación, todo lo

contrario, habitamos en un mundo de *in-comunicados*. Con un mundo lleno de información, hoy nos es tan difícil leer, es tan difícil aprender. Buceamos en mares de información, pero nuestros trajes para ese buceo no es el indicado. Todavía nos cuesta familiarizarnos con todo ese mar de datos en la virtualidad. Quizá la pandemia nos ayudó a relacionarnos mejor con ese mundo virtual, pero aún falta un arduo trabajo.

3

Vuelvo con Piglia, él sabía más que nadie del arte de enseñar y de leer. Por eso afirma que: “la lectura

es un arte de microscopia”, donde la ubicación de quien lee es central. Lo mismo se puede decir respecto de la enseñanza, depende mucho de la ubicación de quien se para al frente a dictar las clases. De la perspectiva que este tenga dependerá su relación con sus estudiantes, el peso que le otorgue al dialogo también depende de esto. Piglia sabía muy de esto, enfrentar la esclerosis y aun así continuar escribiendo y dando clases, es algo memorable. Quizá ahora nos toca como Luisa Fernández, su asistente, aprender del maestro el oficio de leer y el oficio de enseñar aun en condiciones adversas, nos toca mirar enseñar al que enseña.

* **Patricio Pilca.** Sociólogo por la Universidad Central del Ecuador (2004-1009). Magister en Sociología por la FLACSO-Ecuador (2012-2014), (c) PHD por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente profesor en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador.